"GLADIATOR."

A E. SANTIBAÑEZ.

GLADIATOR iba y venía de la pared á las trancas y de las trancas á la pared. Muchas caballerizas conocía, pero ninguna como aquella, y paseaba sus grandes, dulces ojos, en torno, reconociendo el sitio. En frente se extendía una gran construcción de madera despintada, una especie de corredor de hotel. Llegaban muchos señores con papeles de colores chillantes en la mano, y grandes *gemelos* de teatro; empujaban las puertas y al abrirse se oía más claro un murmullo de colmena embravecida que no dejaba de preocupar al animal. Muy cerca de él, abajo de la gradería, llegaban las personas y se per-

dían tras el tosco biombo de un mingitorio. ¿Qué sería aquello? ¡Misterio.

El sol doraba la pared de adobes y hacía humear el piso cubierto por una capa de estiércol, y arriba, en el cielo limpio, erraba con blando movimiento una gran nube con orlas grises. Atado por un tosco cabestro, "*Gladiator*" olía el suelo. ¡Ni una hierba! ¡ni una cáscara! Hería sus narices el hálito tibio y picante del estiércol. Paciente, manso, paso á paso, avanzaba resoplando siempre en busca de una brizna y alzaba de repente la cabeza.

El murmullo crecía, diríase el rodar del trueno: gritos, aplausos, silbidos, bastonazos; el edificio aquel que se desplomaba; los retardados corrían por el corredor y empujaban las puertas....

Oíase junto, el mugido quejumbroso de los bueyes.... y claro, distinto, un toque de corneta.... Algo terrible iba á pasarle; hay no sé qué aviso interior que denuncia un peligro cercano, y "*Gladiator*," sin saber por qué, temblaba. Confusas sospechas, extravagantes conjeturas ocupaban su pensamiento de rocinante tísico, sin que se diera cuenta exacta de la verdad.

Y repasaba su vida toda. Aquel ruido no le era desconocido....

Recordaba que una tarde, así tranquila, lo habían ensillado con un ligero albardón, lo habían sacado

al campo. .... En frente ardían las lumbreras del hipódromo, una confusión de trajes, sombrillas, sombreros, pañuelos que se agitaban, anteojos que relampagueaban heridos por el sol, mientras los gallardetes del techo, con movimientos de látigo, impulsados por el viento aleteaban en el fondo dorado de la tarde.

Al frente la llanura verde, y como una serpiente, la pista desarrollaba su inmenso círculo rodeado de coches nuevos, brillantes; ginetes que se paraban sobre los estribos, *breacks* en cuyo techo brindaban con champagne. Á su lado, rigurosamente alineados, como nunca, limpios, lustrosos, impacientes, varios compañeros suyos montados por jockeys de abigarrados trajes, esperaban la señal.

Cuando él salió, como por encanto se hizo el silencio; su ginete, muy conmovido, le murmuró no sé qué palabras inglesas al oído, y después.... no supo más. Sintió los acicates horadar sus ijares y se lanzó como una flecha, ciego, palpitante; dilatados los ojos y las narices; tendidas las crines; arrancando al piso nubes de polvo, y ensordecido por los gritos de su jockey desesperado, cuya blusa de seda inflaba el aire. .... Cuando lo detuvieron, estallaron los aplausos; corría su nombre de boca en boca, perlaba la seda de sus *encuentros* un tibio sudor. Todo el mundo le acariciaba el anca,

y hubo un señor miope, que con aire paternal le alzó el labio para mirarle los dientes, y tomó sus crines entre los dedos como si fueran una madeja de seda.

¿Lo irían á correr? No, estaba muy viejo, y ya no había niños como aquella vez, que se le acercaran, le cosquillearan las anchas narices y le pusieran en el hocico terrones de azúcar. Ya no había caballerangos que vigilaran su pesebre cada cinco minutos, pasaran el *ayate* por su cuerpo y empuñaran filosóficamente el *almartigón*.

Aquella vez lo mimaban como á un niño, y ahora estaba abandonado. Entonces lo llamaban "*Gladiator*," y ahora le decían con rabia: *¡arre, zopenco!* La suerte se había cebado en él; era una víctima de la desdicha....

Cuatro años vivió uncido á la lanza de un coche de alquiler.... Á las cuatro de la mañana lo despertaban á puntapiés, y á la escasa luz del alba y de un farol, le colocaban los *añadidos* y grasosos arneses, el freno que le quedaba grande y lo enganchaban al *coupé* aquel, su pesadilla. La caja gris, los faroles sin azogue, los vidrios castañeando, flojos los muelles, próximos á romperse los ejes y atada con correas embadurnadas de untura para carros la lanza.... ¡y vámonos! ¡á la estación!... En ella esperaba, cabizbajo, friolento, desvelado,

á un pasajero; mientras el amo, envuelto en un viejo capote militar, ó fumaba ó apuraba sorbos de té de hojas con *refino*....

Recorría todo México: quemado por un sol de fragua, cegado por un polvo ardiente, acribillado por los goterones de lluvia ó hundiéndose hasta el pecho en los lodazales del suburbio; azuzado por el castañeteo de la lengua de su amo, ó por soeces chicotazos.... y arrastrando el desvencijado carruaje, que caía y levantaba; gemían las ruedas, chocaban los vidrios y apenas podían cerrarse las duras portezuelas. ¡Pobre "*Penco ex-Gladiator!*" Muchas noches de lluvia lo ví en la solitaria plazuela, al lado de otra víctima. Llovía á mares, y él, cabizbajo, somnoliento, caídas las orejas, escurriendo las crines, inmóvil, medio doblada una pata trasera, resistía el temporal sin protestar: el reflector rojo del coche arrojaba á sus ancas empapadas un reflejo sangriento y se destacaba como un animal hecho de harapos, un mendigo, una silueta macabra en la desierta plazuela; en tanto que el cochero, resguardado en el quicio de una puerta envuelto hasta las narices en una manga de hule, agujereaba la sombra con el clavo de su cigarro.

Quiso el cielo que lo creyeran emballestado y lo comprara un tal Aburto que comerciaba en *tepetates* y alfalfa. Aquella fué su mejor época, el perío-

do bucólico de su vida. Vagaba en el yermo potrero cuando no lo amarraban á un poste telegráfico; se codeaba con las vacas, que echadas, medio cerrados los ojos, rumiaban ladeando la cabeza, matizando el zacate á lo lejos con la mancha clara de sus siluetas; chivos retozones con cara de ingleses de larga piocha; borregos flacos de sucia lana y burros pensativos de sangrientas mataduras, rabo y orejas mochas, eran sus amigos. Se pasaba la *vita buona*, espantado solo por el tren que á las dos de la tarde pasaba como flecha, silbando agudamente y arrojando largos penachos de humo. Los pájaros no le tenían miedo: volaban á su lado rozando el suelo con las alas y vocalizando alegremente....

¡Qué calma la del paisaje!

Nada agitaba al viento dormido, más que su cola al sacudirse las ancas para espantar las moscas zumbadoras y venenosas.

Al frente, la llanura gris parecía un mar de plomo opaco donde blanqueaban una que otra calavera de asno, y levantaban sus grandes hojas espinosas, polvorientos nopales.

El trabajo era poco: llevar todas las mañanas grandes haces de alfalfa, que habían teñido de verde sus ancas huesosas, en las que casi horadaba la piel su pelvis descarnada; le ponían un tosco bozal

y levantando y abatiendo la cabeza, tomaba la vereda al trote, sin que el cuidador tuviera que lanzarle ni un silbido, ni una pedrada. Era tan juicioso, que horas enteras permanecía sin moverse entre los asnos que frente al mercado buscaban en el suelo hojas de col ó cáscaras de naranja....

¿Por qué sí era bueno lo desecharon? Qué iba á ser de él? ¿Adónde estaba? ¿En qué tenían que emplearlo?

Sonó en la plaza un aplauso atronador, la música ensordecía con piezas alegres el silencio sereno de la tarde.

Llegaban hasta el corral de *Zopenco, ex-Gladiator*, los bufidos del pistón y el trueno de la tambora marcando el compás de una polka, y de vez en cuando gritos salvajes que pedían *¡lazoooo! ¡lazoooo! ¡Otro toroooo! ¡trompas de hule! ¡Cállate, mono ignorante!* Era un clamoreo atronador, aplausos, gritos, silbidos, una erupción de bárbaro entusiasmo que ensordecía, y al cual dominaba un toque de trompeta. *¡Tararii!* ¡Bravo! ¡bravo! respondía la multitud.

Y aquellos gritos, y aquel estruendo hacían estremecer á *Gladiator*, que relinchó por fin. A un lado respondióle el mugido de los bueyes, un mugido lastimero y largo que contrastaba con la alegría de la música, que tocaba una *diana*.

Lo ensillaron á toda prisa, pero con una silla que no conocía. Aquella crinolina de cuero, con enmohecidos colgajos de fierro, pesaban mucho sobre sus ancas; ¿para qué le ponían un mandil de cuero? ¡Qué extraño traje el de su ginete! Un picador que no podía montarse solo por llevar una pierna de hierro. ¡Qué bárbaros acicates! ¿Para qué era aquella pica?

Dócil al freno salió del corral y, ¡horrorosa escena! un compañero, otro caballo, pataleaba en el fango enrojecido por la sangre, agitado por los últimos estremecimientos de la agonía.... Temblando quiso preguntarle.... *¡Tararii!* el toque de corneta rasgó el aire. Un *mono sabio* le pegó un chicotazo en la cara é impulsándolo con un puntapié, lo hizo salir al trote al redondel.

¡Qué deslumbramiento!

El sol ardiente, flameante, vivo como nunca, arrancaba chispas á la arena en el inmenso círculo; la sombra caía en su mitad en forma de media luna; una mole de pueblo se agitaba como enjambre sin límites en los tablados; vociferaba, palmoteaba, se desgañitaba; mientras allá, junto á la valla, platicaban los toreros.

Se abrió una puertecita y se disparó por ella un toro, que se detuvo como petrificado, asombrado, desconcertado, deslumbrado por la luz, oliendo á

grandes narices, erguidas las orejas, trémulas las astas, nerviosa la cola; un hombre mariposeó frente á él la capa ¡lo mata! No pudo ver más, cubrieron sus ojos con una venda y le hundieron en los ijares las espuelas, mientras azotaban su cuello con latigazos repetidos.

La noche, la sombra, lo desconocido. ¿Qué iba á ser de *Gladiator*? ¿Por qué no lo dejaban ver? ¿Por qué lo cegaban y lo azotaban? El pueblo había enmudecido; algo supremo iba á tener lugar. Se oían los trapazos de la capa en el suelo, interjecciones andaluzas, y un resoplido de rabia ¿Qué era eso?

¿Qué era?.... No lo supo *Gladiator*. Lo espolearon de nuevo, lo chicotearon y sintió un golpe brusco, horroroso en el vientre, la bestia que resoplaba y se encarnizaba, lo levantaba en el aire, todo en medio de un silencio imponente, al que respondía pujando el picador, sin que *Gladiator* pudiera huir de aquellas bruscas cornadas que lo traspasaban de parte á parte.

Estalló la música en una *diana*, el pueblo en un aplauso. Lo desensillaron; vagó al trote por la ancha plaza. Una nube roja pasó por sus pupilas, con inmenso frío tiritaron sus carnes, se debilitaron sus miembros, y rodó al suelo convulso y vomitando sangre, boca arriba, viendo al cielo, por donde dul-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ce, lenta, vagaba una nube ennegrecida, pensó en el potrero anchuroso de su época bucólica, tuvo una última convulsión y espiró.....

.....

.....

La plaza quedó sola; las sillas en desorden; revoloteaban en el aire los programas de chillantes colores; yacían en el suelo pisoteados puros, cáscaras de frutas y corchos de botellas de cerveza. El crepúsculo resplandecía ardiente y rojo, fingiendo en la sombra de la plaza un incendio en cada rendija; llamaradas intensas parecían lanzar grandes lenguas de fuego por cada puerta....

En medio de la arena, desnudo, flaco como nunca, boquiabierto; abatida la cabeza, en desórden las crines como la cabellera de una mujer bañada; apagadas las pupilas, que parecían ver algo fijamente todavía; esparcida la cola; empapado en sangre el huesudo flanco, así yacía *Gladiator*, ¡sólo, abandonado!.... Las tinieblas parecían bajar del redondel y cubrirlo con un sudario que el mundo le negaba. El ocaso fulgurante prendía un reflejo en el charco de sangre, y la silueta macabra del caballo parecía flotar en un lago de oro encandecido; el sol le enviaba una caricia en un lampo de púrpura.... ¡Pero se apagó el sol! Las nubes negras se extendieron lentamente; se oyó el discreto rumor de la

noche cercana; chasquearon en el zinc de los techos algunas gotas de agua, y una bandada de pájaros juguetones, sin dedicar un trino al cadáver, tendida el ala, pasaron cantando y diciendo ¡corran, porque va á llover!

LAS MOSCAS.

ADIÓS paisana!

—Adiós; ¿qué te haces?

—Ya lo ves, pasando; ¿y tú?

—Buscando miel en estos platos; tengo el estómago vacío; ¿gustas?

—Ni sabes de la que me acabo de escapar! Revoloteaba en la calva blanquísima del señor de la casa, que está escribiendo sobre química; dice que en la naturaleza nada se cría, nada se pierde, todo se transforma; se le había ocurrido una buena idea, mordia el mango de la pluma, me paré en la blanca y venerable desnudez de su cabeza, y lo distraje. ¡Pobre animal humano! se encolerizó, volé y conmigo volaron sus ideas, se quedó hecho un topo; me dió risa y comencé á darle broma; ya le picaba en una oreja, ya en la nariz, de nuevo en la calva, y está hecho un loco, golpeándose. ¡Por nada me

aplasta! ¡Pobre! Se quema el cerebro para alimentar á su prole.

La señora en la otra pieza también se devana los sesos queriendo resolver este problema: cómo hará para sacarle al calvo cónyuge algo de dinero: necesita comprar á toda costa un *gros* que la seduce. Á un paso, el mayorcito cavila, inventa un libro de escuela que comprar; pero en el fondo lo que necesita es una camelia para su futura, y los menores lloriquean pensando en caramelos.

El digno de lástima es el pobre químico: cada preocupación es un día menos de vida. Ahí lo tienes resolviendo ecuaciones, pero no ha despejado esta incógnita doméstica: se mata para realizar los caprichos de una mujer coqueta, y los antojos de media docena de angelitos.

—Mira, hazme un ladito, comeremos juntas. ¡Malo! ya sacuden la mesa ¡Jesús! ¡te matan! ¡vuela! ¡Ay!

Un trapazo del criado las aplastó á las dos.

¡Si los murmuradores fueran moscas!

MARIPOSA.

A OFELIA.

ESTABA hundida en la sombra y acababa de despertar. Ya no era la larva tímida que se acordaba vagamente de una existencia pasada, y pugnaba inútilmente por salir de aquel encierro sombrío; estaba atada por las mayas de seda de una red gris; sentía balanceos de rama inquieta en su prisión; tenía miedo.... Iba á desmayarse y repentinamente se rasgó el velo que la cubría. Cayó deslumbrada; un rayo de luz la había herido, y huyó, huyó sin saber cómo, impelida por una fuerza ignorada, hasta que lejos, se detuvo en una rama escueta.

¡Qué embriaguez! embriaguez de sol.... La luz que fulguraba en la fronda húmeda, prendía ascuas en cada pétalo, y tendía un tapiz de chispas en el lecho de arenas de aquel parque.

—¡Hola! ¡qué bella! exclamó una lagartija.

—Adiós, le dijo con acento italiano un pájaro de vuelo parabólico.

—¡Cuídate, hermosa! murmuró un moscardón zumbando.

Ella estaba confusa; no despertaba todavía y la

atraía algo: un reflejo de oro incendiado, un charco que relampagueaba herido por el sol. Se detuvo al borde y la ahogó la emoción. Aquello era un espejo donde se reflejaba deslumbrante, viva, con colores de flor.

Era una ninfa de ébano, con alas pálidas manchadas con siluetas fantásticas de colores vivos. Tenía un collar de seda de oro, y sus mosaicos fingían en la luz un cuello de pedrería.... Era verdad lo que le habían contado. Una rosa pálida había muerto presa de un amor callado, virgen, puro, ardiente, y su espíritu era ella, la mariposa. Por un último mal pensamiento estaba condenada á buscar en todos los cálices de flor un néctar que la embriagaría, caería aletargada por el perfume y despertaría en un cielo luminoso donde las rosas blancas se casan con las aves amadas.

Y emprendió en rápido giro su carrera. ¿En qué flor estaría el néctar? ¿Sería en aquel broche de oro y perlas que fingía estrellas de nieve? Nó. ¿En aquella urna purpurada? Nó. En aquella flor pequeña que asomaba entre hojas perdidas como una pupila azul? Tampoco.... Se colgó á las fuschias, se hundió en el nácar de las azucenas, se meció en la guirnalda sombría de las hiedras, en la carne femenina de las rosas, en el pétalo lúbrico de las amapolas....

Una niña, blanca como las rosas, y alegre como el día, correteaba: la vió, se detuvo, creyó que era flor y voló á la madeja rubia de sus bucles. No, no era flor, porque retrocedía espantada sacudiendo sus cabellos.... La vió partir. ¿Estaba condenada á no ir al cielo? Plegó las alas tristemente, y presa de amarga melancolía, se hundió en el venenoso cáliz de una flor monstruosa. A un lado había una corola lánguida, blanca, que parecía una virgen pálida de amores. ¡Ella es, sí, es! y bebió el néctar. Comenzó á dormirse: veía en un infinito de claridad el perfil de una ave de alas abiertas.... No supo más. La arrebataron medio ebria, y cuando despertó, no en el cielo, sino en una caja de cristal, estaba crucificada en una tarjeta, y abajo, con tinta azul, escrito su nombre, ¡su epitafio! Un señor serio, viejo y feo, decía en voz baja una palabra latina, y ella pensó: estoy en el infierno! Y el infierno de las mariposas es una caja de cartón junto á la cual un viejo habla de zoología.....

.....

Ha dicho muy bien un poeta: los ensueños son mariposas, y casi todos los viejos son filósofos y naturalistas; los crucifican por amor al matiz de las alas? No, ven ellas un gusano vestido con los pétalos de una flor, ¡y eso es curioso!

¿Sabéis por qué muchos hombres revolotean así

de flor en flor como las mariposas? Porque buscan una rosa blanca que los duerma con ese dulce sueño de la embriaguez de los anhelos; vuelan sobre todas y ¡cuántas veces la de junto es la urna de ese néctar que cuesta la muerte, y creen haberlo encontrado en un cáliz espléndido de color y de veneno.

HIEDRAS.

A. L. GODARD.

ERA un árbol viejo, abatido por los dolores. Se dice que había amado con locura á no sé qué flor que murió á sus plantas. ¡Pobre, y qué feo era! Grueso y carcomido el tronco, lleno de profundas grietas y cicatrices; herido por el cuchillo de los ociosos que habían ahondado en él cruces, letras enlazadas y corazones traspasados por una flecha; lagartijas y espinas eran los únicos huéspedes de aquel árbol enfermo. Se retorcían sus brazos como si hiciera un esfuerzo desesperado y negro: solo, desnudo en la llanura, caídas sus hojas últimas, servía no más para hacer más grande la soledad de

aquel potrero amarillento, lleno de charcos; parecía un retoño de aquel terreno estéril para las flores y fecundo para las serpientes. En la tarde se destacaba en el oro pálido del crepúsculo, como un crucificado de cabeza. ¡Pobre árbol! Volaban los pájaros para saludarlo, pero los asustaba el gesto adusto del monstruo: jamás tuvo una sonrisa para las mariposas, y se aislaba de todo el mundo. Quería morir solo, desamparado; arrancando al cierzo notas elegiacas; quería morir así con su dolor, minado por el recuerdo de aquel ideal imposible, de aquella flor ¡oh tristeza! que murió tan joven, sin que él pudiera tenderle por última vez los brazos, porque el viento, gruñón aterrador, la arrebató para sepultarla en la fosa común de las flores muertas: el surco.

Un día de lluvia se dibujaba en el cielo gris con perfiles más extraños, más sombrío.... hablaba con la lluvia de sus dolores y.... ¡cosa inesperada! oyó una voz femenil y dulce que le dijo:

—No se queje usted de su soledad, señor; como buena vecina quiero consolarle á usted.

El árbol se enfureció, llegó á dirigir terribles amenazas á la joven hiedra, que era quien le hablaba, y se había reclinado en una de sus raíces, y la despidió duramente con un gesto de profundo desdén.

Pasaron días.... y meses, y la vecina no se iba; al contrario, preguntaba al viejo inconsolable cómo se sentía de males, cómo había pasado la noche.... y él llegó á enternecerse. ¡Todos, decía, me han olvidado; todos huyen de mí; las aves, porque el cierzo me azota y derriba sus nidos; las coquetas mariposas, porque no encuentran en mis ramas urnas de seda rebosando néctar; las flores, porque me creen una momia!.....Era cierto; solo la tarde al morir le enviaba un beso en una ráfaga de púrpura y la noche una sonrisa en un lampo de nácar.

¡Qué buena era aquella virgen verde, tan dulce, tan risueña! ¡Cómo había crecido! ¡Era ya toda una mujer! ¡Y le hablaba de un porvenir primaveral! Desde que ella vivía á su lado, los pájaros le decían que se había rejuvenecido, fuerte y hermoso.

—Sí, hiedra, decía él con inmensa ternura: sé mi amiga, abrázame, y ella al abrazarlo cubría con sus hojas aquella desnudez llena de arrugas que le daba un aspecto repugnante: al colgarse de la rama escueta fingía en ella un retoño; nacieron en las raíces algunas flores, y las mariposas coquetearon con él: hasta dulcificó el aire su acento para arrullarlo! Se apoderaba de él una tierna melancolía, y se preguntaba:

—¿Por qué amaré tanto á esta vecina á quien antes odiaba?

Y la vecina lo abrazaba, y crecía, crecía, fuerte, hermosa, lozana, mientras él se agotaba viejo y débil.

—¡Oh! le dijo una vez, yo te amo, pero me matas, desenlaza tus brazos de mi cuerpo, ¡vete! ¡me sofocas!.... ¡Aire!

Ya no era tiempo: ni el huracán, ni el torrente, ni el otoño, nada pudo arrancar aquella hiedra, sudario del árbol que desapareció bajo la esmeralda de la trepadora, fresca y alegre como nunca..... Sus caricias habían matado al viejo tronco. ¡Pobres corazones troncos, pobres aislados, si llega á daros sus abrazos la trepadora invencible, tendréis aves, flores, retoños, caricias; así son las ilusiones y las esperanzas, pero tendréis la muerte, porque siempre matan las hiedras de una pasión ó una costumbre!